

Capítulo 1

En el palacio del rey

([índice](#))

Daniel 1:1-2: En el tercer año del reinado de Joacim, rey de Judá, vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, a Jerusalén, y la sitió. El Señor entregó en sus manos a Joacim, rey de Judá, y parte de los utensilios de la casa de Dios; los trajo a tierra de Sinar, a la casa de su dios, y colocó los utensilios en la casa del tesoro de su dios.

Nos situamos aquí en un tiempo emocionante de desastre nacional. Se trataba del verdadero pueblo de Dios cuyos cautivos estaban siendo transportados a Babilonia tras sufrir una derrota en la guerra. Dios los había elegido para ser su tesoro especial en la tierra y para dejar brillar su luz, de forma que todas las naciones pudieran conocer las gloriosas nuevas de la salvación de Dios para todos los pueblos. Pero ahora llega esta tragedia.

¡Qué pena! ¡Aquel pueblo del verdadero y único Dios jamás debió ser conquistado y sometido en cautividad a Babilonia! ¡Cómo debían divertirse, burlarse y reír de la religión del pueblo de Dios los soldados paganos! Aunque Jerusalén procuró defenderse, su causa era desesperada, ya que fue el propio Señor quien “entregó” en manos de Nabucodonosor al rey Joacim y a su pueblo. “**Si Jehová no guarda la ciudad, en vano vela la guardia**” (Salmo 127:1). Pero aquel pueblo no quiso que el Señor guardara su ciudad, sino que confió en su poderío militar.

Profetas enviados por Dios repitieron las advertencias, prediciendo el desenlace si eran desoídas. El propio Moisés había declarado que

si daban la espalda a los mandamientos de Dios serían llevados cautivos a tierras paganas (Levítico 26:33-35; Deuteronomio 28:64). Jeremías, un profeta posterior, recordó a Judá que de haber permanecido fieles a Dios y de haber guardado el sábado como día santo, Jerusalén habría permanecido incólume por siempre como ciudad gloriosa (Jeremías 17:24-27; 2 Crónicas 36:20-21). En los días del rey Jeroboam, Elías repitió la advertencia profética (1 Reyes 14:15), y también lo hizo el profeta Amós (Amós 5:27). Ciento veinte años antes que sucediera, Isaías puso en claro que Jerusalén sería tomada por los de Babilonia, el preciso pueblo a quien el insensato rey Ezequías había mostrado con orgullo sus tesoros reales (Isaías 39:6-7). Puesto que el pueblo de Dios no quiso dar oído a las advertencias de sus profetas, al Señor no le quedó otro remedio excepto retraerse y entregarlos a la destrucción que las naciones paganas traerían sobre ellos.

Los padres debieran considerar que fue por causa de la maldad del rey Manasés, el hijo no bien educado y falto de conversión de Ezequías, por lo que vino todo el mal sobre Judá. Manasés hundió a la nación entera hasta tal punto en la idolatría y el paganismo, que no fueron capaces de recuperarse sino hasta después de los setenta años del exilio babilónico (Jeremías 15:4). Los niños vienen a ser una bendición, o bien una maldición para el mundo, dependiendo de cómo los han educado los padres.

Daniel 1:3-5: Y dijo el rey a Aspenaz, jefe de sus eunucos, que trajera de los hijos de Israel, del linaje real de los príncipes, muchachos en quienes no hubiera tacha alguna, de buen parecer, instruidos en toda sabiduría, sabios en ciencia, de buen entendimiento e idóneos para estar en el palacio del rey; y que les enseñara las letras y la lengua de los caldeos. Y les señaló el rey una porción diaria de la comida del rey y del vino que él bebía; y que los

educara durante tres años, para que al fin de ellos se presentaran delante del rey.

El plan de Nabucodonosor consistía en enriquecer el gobierno de Babilonia con los talentos de aquellos jóvenes, y a la vez convertirlos de forma gradual a la religión pagana de los caldeos. Él estaba seguro de que su religión pagana era la verdadera. ¿Acaso sus dioses no habían derrotado al Dios de Israel?

Por entonces aquellos jóvenes tenían probablemente menos de veinte años, habiendo sido ya “**instruidos en toda sabiduría, sabios en ciencia, de buen entendimiento**”. Eran el equivalente a los gurús de la informática de nuestros días.

Daniel 1:6-7: Entre ellos estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, de los hijos de Judá. A estos el jefe de los eunucos puso nombres: a Daniel, Beltsasar; a Ananías, Sadrac; a Misael, Mesac; y a Azarías, Abed-nego.

El nombre hebreo Daniel significa “juez de Dios”; Ananías, “don de Dios”; Misael, “el que es como Dios”; y Azarías, “ayudado por Jehová”. Los nombres caldeos que se les dieron honraban diversas deidades paganas. Los caldeos esperaban lograr que aquellos judíos olvidaran su instrucción precedente en el amor y servicio a Jehová, y que en su lugar aprendieran a adorar a ídolos paganos.

Gracias a Dios porque en medio de la maldad y apostasía de Judá y Jerusalén hubo unos pocos hogares donde se preservó la reverencia a Dios. Aunque no conocemos su nombre, la madre de Daniel merece un gran honor. Su hijo, ahora lejos de casa y rodeado de una vida cortesana de maldad y degradación, permanecía fiel a la enseñanza verdadera recibida en su hogar. Su valor y su apuesta firme por la verdad animó a sus tres compañeros a mantenerse

igualmente fieles. ¡Nuestro mundo necesita más padres y madres como los de Daniel! Y gracias a Dios, hoy los sigue habiendo.

Daniel 1:8: Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey ni con el vino que él bebía; pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligara a contaminarse.

Daniel reconoció algo que el apóstol Pablo enseñó muchos años más tarde: que el cuerpo humano es templo del Espíritu Santo. Sabía que contaminarlo con comida o bebida inapropiada es un pecado contra nosotros mismos y contra nuestro Creador (1 Corintios 3:16-17; 10:31). Su fortaleza de carácter era el resultado de la firmeza de propósito. Sabía cómo decir ‘¡NO!’ a la tentación con una tal determinación, que el tentador se tenía que alejar de él. La notable claridad de ideas de Daniel y su energía eran resultado de su fiel adherencia a hábitos saludables en la comida y la bebida. Está también a nuestro alcance disfrutar de esa misma bendición en la medida en que controlamos nuestros apetitos y pasiones, en lugar de permitir que estos nos controlen a nosotros.

Daniel 1:9-10: Puso Dios a Daniel en gracia y en buena voluntad con el jefe de los eunucos; y el jefe de los eunucos dijo a Daniel: —Temo a mi señor el rey, que asignó vuestra comida y vuestra bebida; pues luego que él vea vuestros rostros más pálidos que los de los muchachos que son semejantes a vosotros, haréis que el rey me condene a muerte.

Ese pequeño detalle nos da una pista respecto al contexto social. Entre “los hijos de Judá” (versículo 6) había otros en aquel mismo grupo, que evidentemente no seguían los principios de temperancia enseñados al pueblo de Dios. Pudieron llegar a ridiculizar o hasta perseguir a Daniel por su deseo de permanecer fiel incluso en un país extranjero. Hasta el día de hoy la más amarga

persecución que un cristiano puede sufrir procede frecuentemente de sus propios hermanos que supuestamente comparten la misma fe. El ridículo es un arma letal en la persecución.

Daniel 1:11-16: Entonces dijo Daniel a Melsar, a quien el jefe de los eunucos había puesto sobre Daniel, Ananías, Misael y Azarías: —Te ruego que hagas la prueba con tus siervos durante diez días: que nos den legumbres para comer y agua para beber. Compara luego nuestros rostros con los rostros de los muchachos que comen de la porción de la comida del rey, y haz después con tus siervos según veas. Consintió, pues, con ellos en esto, y probó con ellos durante diez días. Y al cabo de los diez días pareció el rostro de ellos mejor y más robusto que el de los otros muchachos que comían de la porción de la comida del rey. Así, pues, Melsar se llevaba la porción de la comida de ellos y el vino que habían de beber, y les daba legumbres.

La palabra hebrea que aquí se ha traducido “legumbres” es la misma que se tradujo “semilla” en Génesis 1:29. Ese era el plan original del Creador para la alimentación del hombre. “Os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, así como todo árbol en que hay fruto y da semilla. De todo esto podréis comer”. Así, la dieta de Daniel no era monótona, sino diversa. Incluía frutos, granos, frutos secos y otros vegetales, junto a la maravillosa bebida que Dios nos dio para nuestra sanidad: el agua pura y los zumos de fruta sin fermentar. Aquellos jóvenes disfrutaban realmente de un banquete a permanencia.

Tal como Daniel esperaba, tras diez días de aquella dieta tan sencilla como nutriente, su salud era excelente, lo mismo que la de sus tres compañeros. Podían estudiar fácilmente. Hoy es tan cierto como entonces que una dieta y hábitos saludables contribuyen a la fortaleza mental y moral. Los estudiantes en la escuela no tienen

por qué seguir a la multitud. Pueden disfrutar siendo diferentes, y seguir el ejemplo del joven Daniel.

Daniel 1:17-21: A estos cuatro muchachos Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias, y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños. Pasados, pues, los días al fin de los cuales había dicho el rey que los llevaran, el jefe de los eunucos los llevó delante de Nabucodonosor. El rey habló con ellos, y no se hallaron entre todos ellos otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; así, pues, permanecieron al servicio del rey. En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey los consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino. Así continuó Daniel hasta el año primero del rey Ciro.

El profeta Ezequiel se refirió al carácter de Daniel como un ejemplo del que poseerán quienes sirvan a Dios en los últimos días de la historia del mundo (Ezequiel 14:20). Están por suceder grandes eventos en los cielos y la tierra, que ellos necesitarán entender a fin de estar en sintonía con lo que Dios va a hacer. Por esa razón el pueblo de Dios vivirá hoy de forma saludable y temperante, tal como hizo Daniel en el palacio real.

La indulgencia en el apetito fue el primer gran pecado de la raza humana (Génesis 3:6). La gracia de Cristo es mucho más abundante que toda la seducción de la naturaleza pecaminosa que hemos heredado por nacimiento del Adán caído. Tras ayunar cuarenta días, Jesús fue más tentado de lo que nosotros podemos serlo. Él da a todos gratuitamente su gracia para vencer. Recibamos el don. Dijo nuestro amigo y hermano el apóstol Pablo: “**Olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de**

Dios en Cristo Jesús ... Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 3:13-14; 4:13).

Es imposible hacer una estimación del enorme sufrimiento que hay en el mundo, claramente relacionado con el apetito desenfrenado. Allá donde se mire vemos obesidad, enfermedad cardíaca, cáncer de pulmón debido al vicio de fumar, cirrosis hepática causada por la bebida, alcoholismo, etc. Un sinfín de “plagas”. Jesús sigue siendo el “[Salvador del mundo](#)” (Juan 4:42), pero nada puede hacer a favor de quienes resisten y rechazan la salvación que él les da. Sería cansino e innecesario aportar datos estadísticos relativos al sufrimiento y muerte prematura. Jesucristo tiene que contemplar todo eso, ha de presenciar las lágrimas innecesarias, conmovirse por el dolor que se podría haber evitado y participar de la pena del funeral que no debió ser. “[En toda angustia de ellos él fue angustiado ... en su amor y en su clemencia los redimió](#)” (Isaías 63:9). Como miembro de la humanidad, Cristo tomó sobre sí nuestra naturaleza caída, pecaminosa. Es tiempo de que aprendamos a empatizar con él en los sufrimientos que le causa el curso que sigue la humanidad.

Hay un pasaje que se refiere a todo el pecado innecesario que hay en el mundo, pero que puede igualmente aplicarse a la enfermedad y el sufrimiento innecesarios: “[¿Acaso quiero yo la muerte del impío? dice Jehová, el Señor. ¿No vivirá, si se aparta de sus malos caminos?](#)” (Ezequiel 18:23). Puedes intuir los lamentos de Dios. ¡Él ama a quienes se están destruyendo a sí mismos! “[¿Por qué habéis de morir, casa de Israel?](#)” (Ezequiel 33:11).

Observa la recompensa de una vida temperante y de autocontrol que vemos en el libro de Daniel. Él y sus tres compañeros sobrepasaban en mucho al resto de estudiantes al término de los

tres años de educación universitaria. ¿Estás interesado en la educación? Aquí tienes un ejemplo digno de consideración.

Dios estaba preparando a esos jóvenes para que fueran sus testigos, ya que por medio de ellos daría el conocimiento del evangelio a todo el mundo de aquellos días. Iba a ser fascinante. Sigue leyendo. Más adelante en nuestro libro viene el relato.

¿Dónde están hoy los jóvenes que seguirán el ejemplo de Daniel y sus tres compañeros a fin de que Dios pueda prepararlos para ser una bendición en el mundo?

¿Es posible encontrar el evangelio en el libro de Daniel? ¿O bien tiene que ver sólo con “bestias” e imperios mundiales?

Este primer capítulo presenta el poderoso impacto del evangelio. Encontramos a cuatro jóvenes en período de formación universitaria que les da libre acceso a los comedores y cafeterías más elitistas de la capital del imperio. Se les ofrecerá el mismo menú gourmet preparado en las cocinas de la corte real.

Las delicias culinarias de aquella, su mesa, son la envidia de los ricos de Babilonia. Las carnes proceden de los recursos legendarios del imperio. Los postres son deliciosos. Pero *buenas nuevas* los salvaron de un desastre en su salud física, y de mentes confusas en tiempo de crisis.

Los cuatro solicitaron a las autoridades una dieta vegetariana sencilla, baja en grasas y en azúcar. Sin importar el buen apetito que los jóvenes suelen tener, propusieron en sus corazones no ceder a los impulsos naturales por comida sofisticada, eligiendo en su lugar una dieta frugal. No habrían podido publicitar los McDonalds, Burger Kings, bares de crepés ni parrillas y asadores de sus días. Su motivación no consistía simplemente en vivir siete años

más y poder seguir visitando Disney World. Procuraban tener mentes claras a fin de comprender las enseñanzas del Espíritu Santo en una era cargada de solemne trascendencia.

Hoy vivimos en un tipo de era como la descrita, y a escala mundial. Constituyen muy *buenas nuevas* el hecho de que el mismo Salvador del mundo que bendijo a Daniel, Sadrac, Mesac y Abed-nego nos dé —no simplemente nos ofrezca— a ti y a mí la victoria sobre el apetito desmedido. El Espíritu Santo va a ser tu instructor cotidiano; no vas a poder transgredir sin que antes él te haya traído convicción y te haya recordado la verdad. No silencies su voz, no niegues sus amantes recordatorios relativos al deber sagrado. Propón en tu corazón seguir al Salvador en su gran Día de la expiación.